

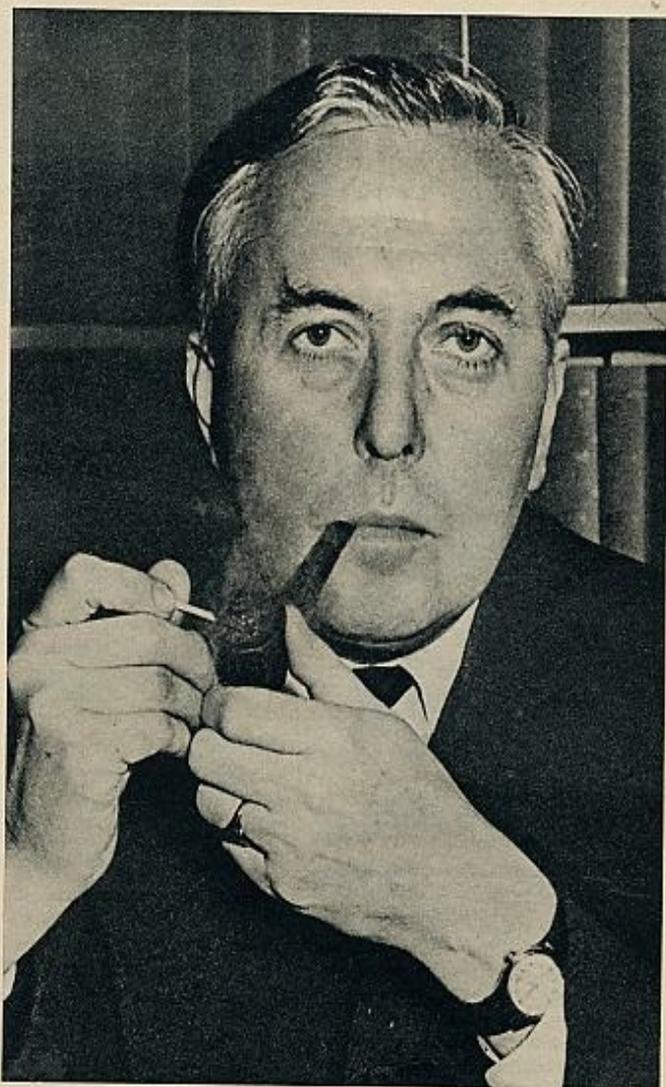
POLITICA - FICCION

EN las calles de Londres han aparecido ya dos carteles electorales. En uno de ellos el fotógrafo ha ampliado un rostro jovial, sonriente, con un toque de juventud en su madurez, que inspira en quien lo contempla una confianza filial: Wilson, pipa en mano, pide votos para los laboristas con dos palabras: «People matter», un asunto del pueblo. Desde el otro cartel sonríe un ampliado Sir Alec Douglas-Home, medio joven medio maduro, sencillo y paternal, exhortando a votar a los conservadores («Keep ahead with the conservatives»). Bajo esta doble mirada amistosa de hermanos mayores, el británico pasea su perplejidad. Lo que le pasa al ciudadano británico le pasa a muchos ciudadanos de muchos países en este mundo: que ha dejado de entender su política. Es una consecuencia de la crisis de ideologías, de la vetustad de los partidos políticos clásicos. Los objetivos finales, los propósitos, se confunden en todos los partidos. Todos se dicen partidarios de la paz, de la coexistencia, de la elevación de vida del trabajador, de la racionalización del trabajo. Todos, al mismo tiempo, se declaran partidarios de la construcción de armamentos, del respeto a la prosperidad privada, de la libertad individual y del anticomunismo. Ningún partido quiere dejar a otro un resquicio por donde le pueda quitar votos. Lo que está ocurriendo en Gran Bretaña es un caso típico. Las elecciones no se están centrando, como era tradicional en la Gran Bretaña, en los dos partidos clásicos, sino en los hombres que dirigen esos partidos. El elector votará en su circunscripción para colocar en un escaño del Parlamento un diputado local, pero esto sólo será un juego aparente: en el fondo estará votando por Wilson o Douglas-Home, por un ministro. Cuando los partidos se vacían por dentro no tienen ya más rostro que el de los hombres que los dirigen. A veces, la operación es la inversa: los hombres fuertes de un momento se dedican a vaciar de contenido a los partidos políticos para prevalecer ellos (el ejemplo fácil: De Gaulle). Es posible que tenga razón Eden —ese vestigio— cuando dice que estamos viviendo una época de pequeños dictadores.

Pero ocurre ahora, y desde muy recientemente, que también ha dejado de entenderse a los grandes hombres. Proclaman una política de ciencia-ficción: haciendo un apócope muy válido, una política-ficción. Los grandes discursos electorales han sido siempre directos y sencillos. Los de ahora son técnicos, científicos. Pertenecen al dominio de la alta economía, de la ciencia pura. Se refieren a un futuro lejano. Por muchas ilusiones que nos hagamos acerca del crecimiento de la cultura general de los ciudadanos, la realidad es que el hombre medio —el elector— no está preparado, ni siquiera en los países más avanzados de Europa, para la comprensión de estos programas que ofrecen muchas sospechas de ser puros camelos. Gaston Defferre, el «hombre invisible» de las elecciones francesas —le llaman así porque desde que es candidato contra De Gaulle su imagen ha desaparecido completamente de la televisión, los noticiarios de cine, las grandes revistas ilustradas y la prensa de circulación importante—, ha prometido a los franceses, si gana las elecciones, la felicidad para 1980. Su error político es trascendental. Cuando un francés vota es el ser más egoísta de la tierra —hay doctores que pretenden que cuando no vota, también—, y no le importa nada lo que va a pasar en 1980. Quiere el resultado de su voto aquí y ahora. Defferre es, en estos momentos, un hombre absolutamente desconocido para un cuarenta por ciento de los franceses en edad de votar. Los demás franceses han oído su nombre, incluso le han leído o le han escuchado; pocos pueden decir que entienden su plan de política-ficción. Quienes

le apoyan y están dispuestos a darle su voto no ven en él más que un posible liberador del general De Gaulle.

Volviendo a la Gran Bretaña puede decirse que ha pasado, que está pasando algo semejante con Wilson. Al jefe laborista le ha ocurrido una desgracia: desde que ha comenzado su campaña está perdiendo puntos en la opinión pública. Le hubiese convenido más no hablar; para él hubiese sido una fortuna inconmensurable que su enemigo en el poder le hubiese tratado como hace De Gaulle con su



A Wilson, candidato laborista en las elecciones británicas, le ha ocurrido una desgracia. Desde que ha comenzado su campaña está perdiendo puntos. Le hubiese convenido más no hablar y que su enemigo en el poder le tratara como hace De Gaulle con su adversario: tapándole la boca. Al hombre de la calle su programa, a todas luces, le ha dejado perplejo: no ha entendido nada.



Por EDUARDO HARO TECLEN

Gaston Defferre es el «hombre invisible» de las elecciones francesas. Su imagen ha desaparecido completamente de la televisión, los noticieros de cine, las revistas ilustradas y la prensa de circulación importante. El cuarenta por ciento de los franceses lo desconocen

adversario: tapándole la boca. Los conservadores estaban prácticamente perdidos a fines del año pasado. Su política estaba desgastada, y el famoso escándalo Profumo precipitó en el barro lo que hasta el momento era una suave decadencia aristocrática. Si en aquel momento se hubiesen celebrado las elecciones, los laboristas hubiesen ganado por un veinte por ciento más de votos, según calculaban los auscultadores de opinión. Wilson eligió aquel momento para lanzar su programa puramente científico; el programa interesó a algunos sabios, a bastantes economistas y a los intelectuales del mundo entero, pero al «plain people», al «man in the street» —y el Estado llano, el hombre de la calle, son dos instituciones británicas tan importantes como el sentido común, el «common sense»— el programa le dejó realmente perplejo: no entendía nada. Hoy la cotización laborista ha bajado enormemente: los auscultadores le conceden una mayoría sobre los conservadores de sólo un 5,5 por ciento. Es decir, que en escaso tiempo ha perdido un 14,5 por ciento de puntos. Wilson califica estas encuestas de aberraciones estadísticas; pero no cabe duda de que son representativas. En esta baja han jugado factores interesantes. El asesinato de Kennedy puede haber producido una reacción favorable al poder establecido; el desafío de De Gaulle a la Gran Bretaña, otra reacción conservadora. Por otra parte Sir Alec Douglas-Home, que sabe que estas elecciones son el último tranvía hacia su grandeza política, está combatiendo a Wilson con saña desconocida en el «fair play» británico, acusándole de antipatriotismo y de connivencia con potencias extranjeras (dice que ha prometido entregar a los Estados Unidos la flota británica, lo cual, naturalmente, no es cierto). Pero nadie ha hecho más daño a Wilson que el propio Wilson. Si seguimos con las «aberraciones estadísticas» nos encontramos con que el cuerpo electoral británico sitúa principalmente su interés político en el coste de la vida. Un cuarenta por ciento de los ingleses opinan que ésta es la principal cuestión que hay que resolver. Sólo un diecinueve por ciento sitúan el interés en las cuestiones de la defensa; un ridículo 3,5 por ciento se preocupan por la política exterior, y el 2,3 en la cuestión de la nacionalización de las industrias. También esta división aparece como típica de todos los países del mundo: lo que importa es el coste de la vida. Precisamente Wilson ha apreciado esta primacía de valores electorales y ha basado en ello el programa de su partido. Pero con tan mala fortuna que el pueblo no le ha entendido. Su programa es doctoral, científico. Probablemente positivo y realista:

pero la capa de pedantería y ciencia-ficción que le recubre y le aleja del pueblo; no es, por mucho que se lo proponga, «people's matter».

¿De dónde sale esta confusión doctoral de los nuevos políticos, especialmente de la nueva izquierda? El análisis que yo puedo hacer —y que, naturalmente, no pasa de ser una opinión estrictamente personal y sujeta a todas las contradicciones— me lleva a la asombrosa conclusión de que procede de los fascismos. Los fascismos han necesitado siempre prometer, ofrecer para mañana lo que no pueden dar hoy (ni, naturalmente, mañana). Tenían que prometer un futuro mejor que había que extraerse de las penalidades de hoy. Y lo prometían de una manera que debía ser al mismo tiempo categórica, pero confusa. La política técnica y científica es una manera de disfrazar la falta de política humana y social. Los fascismos serían válidos si las realizaciones técnicas conseguidas estuvieran en proporción directa a los sacrificios requeridos —o impuestos— para alcanzarlas. Pero precisamente lo que caracteriza al fascismo es que no hay proporción entre el esfuerzo y la realización. Los años de la pobreza italiana bajo Mussolini no valen por la desecación del Agro Pontino, ni los campos de concentración alemanes se justifican por la revalorización industrial. Precisamente en los años posteriores a las dictaduras fascistas, Italia y Alemania han revalorizado su nivel de vida, han creado sus llamados milagros económicos, reduciendo el esfuerzo individual del ciudadano.

Es posible que las carencias políticas reales de los nuevos teóricos demócratas les lleven insensiblemente a este paralelo con los fascismos: los programas técnicos, la ciencia-ficción. Coincide esta creencia con el temor británico del crecimiento de los poderes personales. Wilson y Douglas-Home se acusan mutuamente de absolutistas. Los espectadores imparciales también encuentran rasgos de absolutismo. El americano O'Donovan escribe en el «New York Herald» esta idea: «La función del primer ministro está creciendo en poder y en significación. Su autoridad es virtualmente ilimitada, excepto por el convencionalismo. Con una mayoría segura, leal y disciplinada en la Cámara de los Comunes, el primer ministro puede casi hacer pasar cualquier legislación que se tome a pecho. En su capacidad ejecutiva puede actuar y requerir la aprobación del gabinete después de haber actuado. Y sus ministros tienen finalmente que estar de acuerdo con él o dimitir y desaparecer políticamente». Esta constatación británica es perfectamente aplicable a Francia —con más fuerza—, y, sin duda, a los Estados Unidos.

Esta nueva tendencia de los viejos amigos de la libertad es sin duda circunstancial. Pero es un síntoma de la crisis de las sociedades actuales.